



Revista de  
**LITERATURA**  
**HISPANOAMERICANA**



Segunda Epoca / N° 71 Julio - Diciembre 2015



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 71, Julio-Diciembre, 2015: 46-60

## Horror y terror en *Un vampiro en Maracaibo* de Norberto José Olivar

*Yadi Campo*<sup>1</sup>

*Universidad de Los Andes (ULA-Táchira)*

*E-mail: yadycamp@gmail.com*

### Resumen

En este trabajo se analiza la presencia del horror y el terror en la obra *Un vampiro en Maracaibo* (Olivar, 2009) vistas como dos categorías cuyas características difieren entre sí. Al mismo tiempo, se demuestra que Olivar requirió de descripciones que aunque no se apegaron por completo a la imagen del vampiro literario tradicional, debieron corresponderse de algún modo a la idea o imaginario colectivo que se tiene sobre este clásico personaje. Para ello se partió de las definiciones del vampiro que han hecho Siruela (2001), Jackson (1999) y Vitallini (2007); para luego diferenciar al horror del terror según las posturas de Pulido (2004). Finalmente, se concluye que la preeminencia del vampiro dentro de la novela tiene como objeto demostrarnos la vigencia que tiene hoy día la presencia del mal.

**Palabras clave:** vampiro; literatura; horror; terror.

---

Recibido: 09-11-2015 • Aceptado: 22-11-2015

---

1 Magister en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA-Táchira). Ha ejercido la docencia en esa misma casa de estudios estando a cargo de las cátedras de Literatura Infantil, Literatura Hispanoamericana y Taller de Competencias Comunicativas 10; así como en la UPEL-Rubio con Lengua Española e Introducción a los Estudios de la Lengua.

## Horror and terror into *Un vampiro en Maracaibo* of Norberto José Olivar

### Abstract

The intention of this work is to analyze the presence of the horror and terror which is presented in the novel *Un vampiro en Maracaibo* (Olivar, 2009), being these two categories with different characteristics. At the same time, it shows that Olivar required of descriptions, that although they did not stick completely to the image of the vampire in the traditional literature, corresponded to the idea or social imaginary we have on this classic character. To do this we started from the definitions of vampire made by Siruela (2001), Jackson (1999) and Vitallini (2007); and then we differentiate the horror of terror as the positions of Pulido (2004). Finally, it can be concluded that the primacy of the vampire in the novel aims to demonstrate the effect it has nowadays the presence of evil.

**Key words:** vampire; literature; horror; terror.

### Preámbulo o El vampiro

El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) define al vampiro como “(Del fr. *vampire*, y este del al. *Vampir*). m. Espectro o cadáver que, según cree el vulgo de ciertos países, va por las noches a chupar poco a poco la sangre de los vivos hasta matarlos.”

Para Siruela (2001), el vampiro es producto de la imaginación colectiva de todos los pueblos y aunque en cada región pueda variar un aspecto de otro, todas las épocas han tenido la presencia de un fenómeno inexplicable, abominable, cruel, horroroso, amante de beber el vital líquido que le proveerá de vida eterna, por lo que puede considerarse

incluso trascendental dentro de la configuración de la cosmovisión del mundo que tiene cada pueblo, ciudad, nación. Explica:

No es el vampiro, como suele creerse, una invención puramente literaria. Podemos rastrear sus huellas remontándonos desde las creencias religiosas más arcaicas de los sumerios, griegos y hebreos hasta las supersticiones populares que de los países eslavos se extendieron desde Grecia y el Islam hasta China y Malasia. (2001:11)

Dentro de su amplia investigación, la figura del vampiro se ubica desde el 600 antes de Cristo, el mundo de

los antiguos griegos, la tradición hebrea, hasta su entrada triunfal al terreno literario en el Siglo XVIII. Aclara pues, que han sido muchas las religiones y culturas que han reseñado la presencia de este ser. Desde Lilith, la primera mujer de Adán, que tenía que alimentarse de sangre; Hécate, la reina de los espectros; el Úlises de Homero sacrificando reses para resurgir las almas privadas de vida; las épocas de plagas donde morían hombres, mujeres y niños por doquier, despertando las supersticiones sobre vampiros; hasta la invención del personaje literario, es mucha la influencia de este fenómeno dentro de la concepción del mundo.

Vitallini por su parte, propone la presencia del vampiro desde el plano de lo real, es decir, de lo que clínicamente se ha denominado “vampirismo”:

No existe ese vampiro al que se exorciza con ajos, con un crucifijo y con otras prácticas en las que creía las gentes ignorantes y crédulas de todos los tiempos.

Pero sí han existido, y existen, auténticos vampiros humanos, sedientos de sangre que, juntando casi siempre esta sed con ansias maniaco-sexuales, han causado centenares de víctimas inocentes entre la humanidad. (2007:105)

Para este autor es mucho más lógico darse un paseo por los

crímenes que pudieron originar la leyenda y que, con sus mismas características repugnantes y aterradoras, explican por qué ha sido tan sencillo apoyarse en lo fantástico e increíble para sobrellevar algo tan espantoso. Comienza su recorrido pues, con el Mariscal Gille de Rais, quien en el Siglo XV violó y degolló para posteriormente beberse su sangre, un número aproximado de setecientos niños, en edades comprendidas entre seis y doce años. La monstruosidad de sus actos no se limita a su obsesión por los infantes, conocida de manera clínica hoy día como pedofilia o pederastia, sino que se magnifica con la afirmación de muchos testigos sobre la afición desmedida del Mariscal por beber sangre “[...] directamente de las gargantas abiertas!” (Op. Cit.: 109)

En el Siglo XVII, la Condesa Elizabeth Bathory se convierte en otra muestra de vampirismo tal y como lo explica Vitallini, que se conjuga por supuesto con desviaciones de tipo sexual y asocian por tanto el placer se beber sangre con la consecución de los orgasmos y la satisfacción sexual. En este caso la Condesa siente inclinación por las jovencitas vírgenes y no se conforma con atormentarlas antes de matarlas para extraerle sus fluidos vitales sino que las somete a humillaciones sexuales y tormentosos azotes.

Si la llegada de la revolución industrial pudo haber dejado en el

pasado los trágicos episodios del Mariscal y la Condesa como leyendas, el Siglo XX registra una importante cantidad de crímenes de vampirismo que le da fuerza a la concepción de Vitallini. Expone éste, la existencia de vampiros famosos como Fritz Haarman; John George Haigh; Ed Gein; Victor Adisson; el sargento Bertrand y Meter Kürten, quienes en su momento llegaron a aterrorizar a las poblaciones donde vivían por sus instintos asesinos que incluían desde pedofilia, necrofilia, coprofagia, necrofagia, y que coincidían siempre en sentir placer bebiendo sangre de sus víctimas:

Por consiguiente, el vampirismo, aunque no en la forma clásica que se achaca a esta práctica, existe realmente. Claro que el auténtico vampirismo, el practicado por ciertos seres anómalos, dista mucho de ser una práctica general, ni siquiera alentada por la misma Naturaleza, como en el caso de las alimañas y los insectos. (Ibíd.: 106)

Volviendo a la figura del vampiro ancestral, producto de las supersticiones y las religiones, Jackson nos recuerda que “El vampiro ocupa un lugar preeminente en todos los temores nocturnos y terrores espectrales que han rondado la mente colectiva de la humanidad a través de los milenios [...] (1999: 09), por lo que es tan difícil que

desaparezca del imaginario colectivo aún las muestras de modernidad y dinamismo de las sociedades actuales: “Los temores de la humanidad primera vuelven a recobrar vida en la mente aparentemente sofisticada del hombre posmoderno [...] (Ibíd.: 14)

Por ello tal vez, la temática vampiresca no pasa de moda. De modo contradictorio a lo que pudieran opinar muchos críticos literarios, los escritos que giran en torno a lo desconocido, a lo terrorífico del vampiro, continúan siendo un inagotado terreno para la producción literaria. Mientras nos devanamos los sesos por encontrar tramas innovadoras, las más clásicas como el hombrecillo que bebe sangre en busca de la eterna juventud, sigue gozando del atractivo de hace siglos demostrando que el morbo experimentado hacia el “chupasangre” sigue siendo el mismo, aún en las generaciones más recientes.

### **Apología o *Un vampiro en Maracaibo***

Para muchos tal vez, pensar en un vampiro en Maracaibo les parezca un exabrupto, algo halado de los cabellos o por completo inverosímil, no obstante, para el marabino Norberto José Olivar, titular en la cátedra de Historia de la Universidad del Zulia y narrador consagrado desde hace unos

cuantos años, resultó la mejor idea del mundo hasta el punto de lograr crear una novela que versa sobre este simbólico y clásico personaje dentro del contexto de una de las ciudades más calurosas del país. Su obra puede inscribirse por tanto, dentro del rango de la literatura fantástica ya que:

Presenta en forma de problema hechos a-normales o irreales, en contraste con hechos reales, normales o naturales. Pertenecen a [la literatura fantástica] ella las obras que ponen el centro de interés en la violación del orden terreno, natural o lógico, y por lo tanto en la confrontación de uno y otro orden dentro del texto, en forma explícita o implícita. (Barrenechea, 1978: 90)

Desde esa mirada, la novela *Un vampiro en Maracaibo* nos muestra vampiros, hombres-murciélagos, chupacabras, brujos, hechiceros, y hasta conjuros en que malhechores se transforman en burros. De acuerdo a lo manifestado por el autor, partió de una particular investigación y terminó ficcionalizando los eventos periodísticos más curiosos que ha registrado el Diario Panorama a lo largo de todo el siglo XX y que lograron aterrorizar a toda la comunidad zuliana.

Tales eventos son citados dentro de la novela con la finalidad de

conferirle el marco de verosimilitud que permite explicarse cómo un personaje tan mítico, clásico pero sobre todo de tanta envergadura dentro de las letras universales, pueda formar parte de la cotidianidad de una ciudad tan alegre y dicharachera como Maracaibo, caracterizada por ser la antítesis de la Transilvania descrita por las grandes novelas sobre vampiros.

Cada manera de expresarse de los personajes permite que se vaya dosificando la información que el lector necesita saber lo que le aumenta el nivel de intensidad a la historia y por supuesto, la hace mucho más amena (en especial porque se explota las diferentes connotaciones del marabino: alegre, ocurrente, perseverante, adaptado a unas temperaturas a ratos inhumanas, etc.).

En cuanto a su trama central puede decirse a *grosso modo* que gira en torno a un profesor universitario recién divorciado que desea escribir una novela. Manteniendo un círculo de amigos al que llama “La comunidad del anillo” confiesa que desea escribir una novela sobre un vampiro que azotó Maracaibo lo que despierta risas y burlas entre sus miembros. Decidido, a pesar de las infundadas dudas, emprende una investigación que lo conduce por las sendas del vampirismo dentro de la ciudad, específicamente durante los años de 1939, 1975 y toda la década

de los 90.

Halla una nota del Diario Panorama donde la policía de entonces busca a un tal Pérez Brenes mejor conocido como “El Lechuza”, que ha aterrorizado a la ciudad con actos de violación, hipnotismo y vampirismo. El profesor y escritor picado por la curiosidad consigue contactar al ex comisario de la PTJ Jeremías Morales, el cual le irá contando todo lo que pudieron hallar los cuerpos policiales sobre fenómenos relacionados con la temática mientras él estuvo activo. Éste se convierte en pieza clave tanto de la investigación del profesor como de la novela en sí, pues, nos irá develando poco a poco cómo es posible que exista un vampiro en Maracaibo.

A lo largo del relato se nos mostrará cuán afectada se llegó a ver la ciudad de Maracaibo con la ola de crímenes que sectas satánicas practicaron durante la década de los sesenta por ejemplo, o cuán aferrada al imaginario colectivo estuvo la idea de que sí existía un “chupacabras” y flagelaba a las poblaciones más pobres y vulnerables de la ciudad.

Desde esa perspectiva, puede advertirse que la novela goza de gran ingenio y, que además de interesante, es todo un reto para el lector, en especial porque se cuestionan concepciones religiosas y filosóficas tradicionales al tiempo

que se exploran los terrenos de lo sobrenatural y fenomenológico que encanta a las audiencias más jóvenes.

Con respecto a la presencia de un ser tan mítico y clásico puede iniciarse aclarando que la estereotipación del vampiro en la literatura y el cine ha sido larga pero se ha consolidado tanto, que es casi imposible imaginarse a este extraño ser que siente un gusto inexplicable por beber sangre, sin su capa negra, colmillos sangrantes y orejas puntiagudas, sin que tema a la claridad del día y cuya forma de alejar es empleando collares de ajo. No obstante, en la novela de Norberto José Olivar es posible incorporar a este clásico sin cumplir con la totalidad de estas premisas.

Del mismo modo que en las más grandes obras literarias que abordan el tema del vampiro como *Drácula* de Bram Stoker o “El vampiro” de Polidori, el personaje principal de esta novela cumple con ciertas características que puedan llegar a causar horror en el lector-espectador. Si bien aquí puede pasarse por las calles calurosas de la ciudad de Maracaibo, no hay estaca que lo aniquile o tiene que trabajar como cualquier ciudadano común: “Les corto la yugular y me bebo toda la sangre [...] me fui a mi casa, lleno de energía y vida, y se lo hice a mi mujer toda la noche. Y al otro día, como si nada, al trabajo, a ganarme los reales con el sudor de mi frente.”

(Olivar, 2008: 67). No puede negarse –a pesar de que el propio autor afirme lo contrario<sup>2</sup> - que debió cumplir con ciertas estructuras que lo introdujeran en el terreno la credibilidad así como que se identificara con el imaginario que se guarda al respecto.

Ornella Volta, citada por Siruela, presenta en su libro *El vampiro* (1962) una síntesis de las características más comunes del vampiro. Aun cuando reconoce que su descripción puede llegar a variar de una región a otra, en esencia sigue siendo parte de lo que lo identifica y hace inconfundible:

- Rostro delgado, de una palidez fosforescente.

- Espeso y abundante pelo en el cuerpo, cuyo color suele ser rojizo, como el vello en la palma de sus manos.

- Labios gruesos y sensuales que encubren sus agudos colmillos, cuya mordedura tiene poderes anestésicos.

- Uñas extremadamente largas.

- Orejas puntiagudas semejante a los murciélagos.

- Olor nauseabundo. (Siruela, 2005: 24)

Desde esa perspectiva, el vampiro de Olivar no se aleja por completo de las referencias universales que han definido a lo largo de la historia

a este personaje, en varios de los pasajes encontramos muestras de una tradición enraizada desde –como ya se dijo- los inicios de los tiempos.

Ahora bien, para hacer un análisis de cómo se manifiesta el vampiro en una ciudad como Maracaibo, cómo el horror se apodera de quienes tienen que padecer miedos ante lo desconocido y cómo el terror invade a una generación entera, es necesario pasearnos con detalle por dos términos que parecen iguales pero no lo son.

### **El horror en *Un vampiro en Maracaibo***

El horror a lo que se desconoce, a lo nos parece extraño, lo que no le conseguimos explicación ha existido desde siempre. (Pulido, 2004). Puede intentar definirse como aquello que logra paralizarnos, temblar, desmayar, sorprender. Por lo tanto, su irrupción dentro del campo literario es muy comprensible puesto que en cada aldea, pueblo, ciudad y país se conservan esas anécdotas que mantienen viva la sensación de miedo y temor a lo extraño.

El “coco”, la llorona, la sayona, el silbón, el ánima de Pica Pica, el espíritu del Indio Coromoto, así como

2 En una entrevista concedida al Diario El Universal de fecha 17 de Octubre de 2008, Olivar señala “El vampiro de mi novela no tiene nada que ver con el Drácula de Bram Stoker porque no quería caer en los estereotipos.” 3-10

todos los fantasmas y aparecidos que se oyen en los labios de los habitantes de nuestra ancha geografía nacional entran en la categoría del horror, pues es preciso ese miedo a lo que no conocemos pero que se preserva, tal como los instintos o la intuición, es lo que Freud (1978) denominó como “lo siniestro”:

El horror ante lo siniestro, el sentimiento de lo extraño se desarrolla cuando la percepción desprevenida es conducida por el límite de la ruptura de lo familiar, de lo íntimo, de lo amable y entra en escena lo secreto, lo oculto, lo impenetrable. (Pulido, 2004: 2)

Por ello, la inclusión del horror en la literatura ha tenido tanta aceptación, convirtiéndose en referencia obligada para quien intente el complicado mundo de la narrativa, leer a los grandes clásicos del horror de todos los tiempos como “El vampiro” de John William Polidori, “El horla” de Guy de Maupassant, “La muerta enamorada” de Théophile Gautier, “Las metamorfosis del vampiro” de Charles Baudelaire, *Drácula* de Bram Stoker, *Frankenstein* de Mary Shelley, y toda la colección de Stephen King.

La primera muestra de horror en la novela objeto de estudio se da cuando es descrito el vampiro. Aun cuando pudiera alejarse un poco del estereotipo tradicional<sup>3</sup> no puede dejar de poseer rasgos que lo impregnen de monstruosidad. Se estrena dentro de la novela cuando le están relatando al profesor-escritor un evento sucedido en el año de 1921 en el cual la novia de un tal Nectario Leal estaba siendo víctima de un vampiro.

Rodeada de la atmósfera ideal para este tipo de episodios, la escena contempla la persecución que emprenden el novio y el Doctor Marcial Hernández para atrapar al intruso. Una noche en que esperan cautelosos que aquella figura que está acabando con la vida de la muchacha se presente, hallan lo que tanto deseaban, un hombre-murciélago:

Tenía la piel rugosa y amarilla como un cadáver momificado [...] su epidermis fría, rociada de un sudor viscoso. Era tan flaco que se le notaban las protuberancias y depresiones del esqueleto. Su voz era suave, lenta y cavernosa. [...] unas manos sarmentosas, uñas recias, afiladas, y los dedos parecían ligeramente entrelazados por una especie de cartilagos. Sus

3 Sobre todo del estereotipo moderno donde el vampiro es un galán bello, joven y guapo adolescente como en *Crepusculo* o *Vampire's Diaries*

dientes eran puntiagudos, rojizos, bañados en una saliva excesiva e incontrolable. De lengua blancuzca, asquerosa [...] (Olivar, 2008: 37)

Aunque este vampiro no es un Conde fino y rico –excéntrico dirían muchos- puede conseguirse similitud a lo que se ha considerado parte de sus características fundamentales. El uso de la exageración y lo grotesco les sirve a los escritores –incluyendo por supuesto a Olivar- para recrear el horror a lo desconocido. Si imaginamos con cautela la escena intuimos que la época se prestaba para inventar este tipo de descripciones y parece muy lógico que los personajes, que están obsesionados con resolver el extraño caso de la muchacha, exacerben la realidad, pero siendo mucho más críticos era la única manera que tenía el escritor de la novela para hacerla creíble.

No es en balde que al volver a aparecer un vampiro dentro de la trama se repita el uso de descripciones monstruosas. Cuando el comisario Jeremías Morales logra capturar a Zacarías Ortega, mejor conocido como “El vampiro del Lago”, se consigue con una de las escenas más terribles que pudiera haberse imaginado nunca, reiterando la importancia dentro de la obra de mantener un esquema del personaje central: el vampiro.

Acaba de desaparecer una mujer muy humilde y su comadre hace la denuncia ante la PTJ, lo que da inicio a una investigación que los conducirá a uno de los barrios más pobres del Zulia durante el año de 1979. A pesar de alejarse del clima de nocturnidad que envolvía la escena en que consiguieron al hombre-murciélago, el hallazgo de Zacarías Ortega no deja de producir, a través de los mismos recursos, el horror a lo extraño e inexplicable. Sí, porque dentro de la lógica de policías como Jeremías Morales seres tan maquiavélicos como Zacarías Ortega son producto de desviaciones u obsesiones que acechan a la naturaleza humana.

Lo que vimos fue una verga muy arrecha [...] jamás había visto a un ser tan flaco como ese Zacarías; estaba desnudo, era un esqueleto cubierto con una piel arrugadísima, pálida, amarilla, asquerosamente sudado; [...] Los dedos de los pies y las manos parecían unidos por una especie de pellejo, grasa, no sé explicarle eso, era una deformidad que nunca había visto. [...] los dientes eran rojizos y astillados, como vidrios rotos, una lengua inmensa, cochambrosa. (Olivar, 2008: 57)

Puede llegar a pensarse con facilidad, y partiendo del hecho que los vampiros aspiran vivir de modo

eterno a través de la sangre joven y fresca que beben de sus víctimas, que este Ortega y el hombre-murciélago -que lograron ver de cerca el Doctor Hernández y Elías Sánchez Rubio- son el mismo, sin embargo, es mucho más sensato asumir que simplemente era la única manera de horrorizar una y otra vez al lector, quien no puede desprenderse por mucho tiempo de aquellas escenas descritas con audacia por Olivar y que sintetizan los miedos y temores que hemos padecido desde pequeños todos y cada uno de nosotros.

En ese mismo orden de ideas, no es gratis que en una nota del Diario argentino *El Clarín*, ofrecida por el comisario Jeremías Morales al profesor-escritor, esté basada en un evento denominado “El vampiro de sacramento” perpetrado durante el año de 1981, y donde se describe a un ser enfermo por el deseo de beber sangre que limpie la suya porque según él ésta estaba envenenada. Sus víctimas oscilaron entre los treinta y tres y treinta y seis años, y algunos recién nacidos. Su parecido con Pérez Brenes y Zacarías Ortega es evidente:

A todos los descuartizó y bebió la sangre de los cadáveres. Era un hombre alto, pálido, de cuero rugoso, y poseía un extraño defecto en sus dedos, tanto de pies y manos, unidos por unos insólitos excesos de piel o cartilagos. (Olivar, 2008:

70)

Parece pues, que el autor de *Un vampiro en Maracaibo* se abrió a la posibilidad de que su creación no cumpliera con el estereotipo tradicional del vampiro, pero tampoco que se alejara por completo de lo que lo ha caracterizado. Su configuración produce el mismo miedo y horror, siendo su puente para poder existir dentro de un universo que no da cabida a lo sobrenatural, pero que en sentido paradójico no puede subsistir sin ella y en el que el vampiro se escuda.

De acuerdo a Bravo:

La fascinación del vampiro recorre la literatura con los signos contradictorios de la peste y la seducción, de la parálisis y el erotismo, de la maldición y la metamorfosis. [...] nos revela el vértigo y el estremecimiento de vivir desde la alteridad, desde el ámbito de la muerte [...] el vampiro llega como una reiteración desde lo imaginario para remover las aguas profundas donde habitan por igual el éxtasis y el horror. (1998: 79)

Por lo que sin importar si existen puntos de inflexión entre el vampiro de *Drácula* y éste, la figura mítica cobrará la misma fuerza dentro de la historia de Olivar que catapultó a la fama a Bram Stoker o a Elizabeth

Kostova, por mencionar sólo dos.

Así pues, el horror a un vampiro es innegable dentro del imaginario colectivo así como el horror ante lo desconocido, sobrenatural y extraño. En la novela de Olivar se percibe una y otra vez en las descripciones del vampiro, así como en la constante de que pueda existir un muerto-vivo. Cuando el comisario Jeremías Morales duda: “Sospecho que Zacarías Ortega no está muerto como todos creen [...]” (Olivar, 2008: 92) pone de manifiesto sus dudas ante la ciencia y lógica que debe mantener su posición jerárquica. Su vulnerabilidad ante los hechos demuestra que el horror a lo que no podemos comprender es mayor que todo signo de raciocinio ante circunstancias en que se alteran o trasgreden las normas y preceptos establecidos.

Cuando se propone revisar el sarcófago que debería guardar sus restos y lo halla vacío se ponen en tela de juicio muchas de sus creencias y permite la posibilidad de que existan verdaderos pactos con el diablo. Cosa que lo perseguirá hasta su muerte al final de la novela, donde decide dar fin a su vida porque teme –le horroriza- que una maldición lo esté persiguiendo y ese Zacarías Ortega, Pérez Brenes, vampiro del Lago o El Lechuza, vengan a buscarle.

Ante este panorama, el horror que despierta una figura tan mítica tiene

todo el sentido, partiendo de que no es fácil escapar de la sensación de miedo que causa imaginarse un ser así, aún en una época tan convulsa como la actual: “La imaginación del vampiro es la pesadilla intransferible de la debilidad del ser y la cultura.” (Bravo, 1998: 87).

### **El terror en *Un vampiro en Maracaibo***

El terror a diferencia del horror, implica un miedo a la muerte, por eso es cada vez más empleado como término que especifica lo experimentado por la población cuando se atenta contra la vida. Un caso de terrorismo como el derrumbe de las Torres Gemelas, un asalto a mano armada, un secuestro, una irrupción al hogar por parte de unos criminales o un amenazante suicida apuntándonos con un arma pueden ser excelentes ejemplos de lo que el término encierra.

Si bien, a lo largo de la historia el horror y el terror han sido empleados como sinónimos, Pulido (2004: 7) explica que no lo son, puesto que el primero –como se dijo con anterioridad- implica un temor a lo desconocido mientras que el segundo se refiere a esa sensación de vulnerabilidad ante un peligro real: “[...] debe tratarse de un hecho surgido como consecuencia de un acto o invento del hombre (una

máquina, un experimento científico, una guerra, entre otros)”.

El cine en especial, ha sido garante de que sus films se promuevan como “de terror” pero aunque los cinéfilos vivencien sensaciones de pánico, en realidad el terror se acomoda mejor a los planos en que la vida de uno corre peligro. “[...] engendran terror: Asesinos en serie; criaturas mitad máquina, mitad hombre; animales/insectos devoradores; fenómenos naturales como maremotos, huracanes, temblores, etc. (Ibíd.: 8).

Desde esa perspectiva y desde que el mundo es mundo, han existido crímenes que han aterrorizado a la colectividad al punto de caer en la histeria, las supersticiones más inverosímiles, la toma de previsiones en las situaciones que antes eran cotidianas y hasta el encierro permanente o aislamiento. El propio Norberto José Olivar confiesa que cuando en Maracaibo apareció la noticia de que un vampiro estaba asolando la ciudad, sus padres le impidieron que saliera de casa, que asistiera solo al colegio y que jugara al aire libre después de que cayera la noche.

El terror de pensar que su hijo fuera víctima de esas “sectas satánicas” atormentó por mucho tiempo a las madres y padres del Zulia, pues, el peligro de perder la integridad física se hacía por completo inminente y no permitía mediación posible.

Tal vez por ello, dentro de la novela de este maracuco las escenas de terror, que logran despertar en el lector-espectador una sensación similar a la de paralización, se dan con reiteración una y otra vez. Un muy buen ejemplo es la terrorífica descripción que hace Zacarías Ortega de cómo trataba a sus víctimas: “He matado a mucha gente, todavía me acuerdo bien de cada uno, de la cara que pusieron, del pavor que les salía por los ojos.” (Olivar, 2008: 60) Y ese cinismo ante el sufrimiento ajeno capaz de detenerle el pulso a cualquiera: “claro que me acuerdo, y de cada uno [...] de las muecas que hacían mientras se morían, no se puede imaginar las caras que pone la gente pa morirse.” (Ídem).

Asimismo cuando hallan a un sobreviviente de las “sectas satánicas” que hostigan los barrios pobres de Maracaibo y se roban los niños para sacarles la sangre: “Se bajó un padre, flaco, muy viejo [...] se rió y le vi los dientes, más feos que nada, rotos, puyúos, y como rojos [...] Desperté en la misma esquina [...] pero sentí mareos, vi todo blanco.” (Olivar, 2008: 82)

O cuando se consiguen en el barrio “El hediondito” con una escena que:

[...] podía compararse con holocausto judío en Auschwitz [...] Catorce esqueletos de niños, algunos a medio quemar, otros cortados a la mitad; separados de

éstos, como a diez metros, unas veinte urnas blancas, y al lado de esta pila de ataúdes una montaña de huesos de todos los tamaños, y hasta un par de cráneos de bebés con pelo pegosteadado [...] (Olivar, 2008: 166)

Aunque no puede negarse que con un espectáculo tan abominable como éste el horror de las imágenes se apodera de uno, también es innegable que de haber sido cierto dentro del contexto zuliano, tuvo que haber aterrorizado a una población entera la idea de que una “secta satánica” estuviese acechando a sus niños: “A muchos les dio miedo dejar que sus hijos salieran solos, hubo una pequeña histeria colectiva.” (Olivar, 2008: 167)

La naturaleza maligna del ser humano, del criminal insensible, del malhechor que premedita o del enfermo sádico que lastima se ponen de manifiesto para sembrar el terror en la colectividad. El máximo temor pudo haber sido, dentro de la novela, y por ende dentro de los terrores experimentados por el pueblo zuliano, la escena en que hallan un niño violado y estrangulado en un cementerio: “El muerto era un niño de seis años; lo habían estrangulado con una tripa de caucho, pero antes de matarlo, según el forense, lo violaron. [...] estaba boca abajo, desnudito, con el trozo de tripa enrollado en el

cuello.” (Olivar, 2008: 201)

El terror y el horror se conjugan para mostrarnos la devastadora imagen de la capacidad que tiene el ser humano para dañar. Cuando en los orígenes del vampiro se hallaron registros de verdaderos enfermos que ejercían el vampirismo como Gilles de Rais o El vampiro de Hannover, pudimos llegar a pensar que eran casos aislados, lejanos al contexto cercano que tenemos. Pero los pasajes de la novela de Olivar nos recuerdan que ese tipo de maldad, así como esa conjunción entre el vampirismo y la sexualidad es inminente.

### **Reflexiones finales o *Presencia del mal***

Cuando el hermano de Ramón Pérez Brenes o “El lechuza” confiesa que éste último lo abusaba sexualmente, las explicaciones llegan a rayar en lo grotesco y conllevan una sensación de angustia ante tanta depravación que remiten de inmediato a todos los renombrados crímenes cometidos por enfermos sexuales, psicópatas y asesinos en serie de todos los tiempos y de todas las latitudes del planeta:

[...] entonces hizo que le agarrara su cosa, o sea, me refiero, su pene, con mis dos manitos, manitos de un niño de nueve años [...] después de un rato, más o

menos largo, me obligaba a que lo metiera en mi boca [...] hasta que una noche en la que llegó muy alegre, no conforme con hacerme cumplir con esa rutina, me penetró por detrás...sin consideración, me rompió todo, no se imagina usted lo doloroso que fue aquello ¡y apenas tenía nueve años! (Olivar, 2008: 187-189)

Pero también se halla la presencia del mal en el “Padre Nuestro” cuando rogamos al Señor “Líbranos de todo mal”. Y en cada leyenda que nos sabemos y en cada acto de miedo relacionado con un elemento desconocido. También hay presencia del mal en los exorcismos practicados por la iglesia en pro de la salvación de un alma poseída por el demonio. Y en los crueles verdugos de la inquisición.

“El mal quizás sea una de las más enigmáticas y complejas manifestaciones del humano ser.” (Bravo, 1998: 81). Y que no nos abandona porque está dentro de nosotros. Sea para aparecer como lo siniestro y paralizarnos en seco o para aterrorizarnos ante tanta violencia y caos.

La presencia del mal en la figura del vampiro o en la del violador desvergonzado seguirá formando parte de nuestras vidas porque reside tal vez en lo más intrincado de nuestra

naturaleza y se halla escondida dentro de los pliegues de nuestra piel. El mal nos persigue, nos acecha de manera permanente. Por eso en la literatura consigue asidero y se siente cómodo. Se ubica como si fuera su casa y nos asusta, nos horroriza, nos aterra.

La presencia del mal estará con nosotros hasta el final de los tiempos en consonancia con su aparición que fue en los inicios de toda la creación, pues, no hubo ésta sin una lucha entre el bien y el mal. No fue coincidental que Eva probara la manzana de la discordia ni que Satanás fuera primero un ángel bueno.

*Un vampiro en Maracaibo* plasma la presencia del mal en sus variadas manifestaciones. Desde la terrenal con sus criminales y asesinos más crueles hasta lo fantástico con su vampiro amante de beber sangre, brujas, hechiceros transformados en burros, hombres transformados en lobos...Evidencia la presencia del mal cuando el comisario Jeremías Morales es perseguido hasta el suicidio, aun cuando se supone que él representaba el equilibrio, la racionalidad, el cientificismo propio de la academia.

Nos entrega toda la maldad que embargó a Maracaibo durante los años ochenta y noventa cuando bandas de “satánicos” perseguían y secuestraban jóvenes para someterlos a crueles y escabrosos ritos de sangre y muerte. Cuando desdichados

pederastas saciaban sus bajos instintos violando y matando niños o fanáticos religiosos robaban recién nacidos de los hospitales para saciar sus deseos de eternidad y juventud.

La preeminencia del vampiro en esta novela no es más que una excusa para develarnos al horror y el terror que la presencia del mal genera en nuestro ser porque forma parte de

nosotros, de nuestra condición. El horror y el terror hicieron su fiesta y pudieron mostrarnos lo más complejo de nuestra condición de seres imperfectos. Fuera para mantenerse dentro del canon del vampiro tradicional o para acoplarse a los requerimientos de nuestra geografía, el vampiro de Olivar vino con la misma intención: horrorizarnos y aterrorizarnos.

### Referencias bibliográficas

- BARRANACHEA, Ana. (1978). *Textos Hispanoamericanos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BRAVO, Víctor. (1998). *Terrores de fin de milenio del orden de la utopía a las representaciones del caos*. Mérida: Ediciones El libro de arena.
- JACKSON, Nigel. (1999). *El libro completo de los vampiros*. México: Grupo Editorial Tomo, S.A.
- OLIVAR, Norberto. (2008). *Un vampiro en Maracaibo*. Caracas: Alfaguara.
- PULIDO, José. (2004). El horror como motivo en el cuento latinoamericano (Trabajo de Grado). Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe. Universidad de los Andes, Táchira
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2008). *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*. Vigésima segunda edición. [Página Web en línea]. Disponible: [www.rae.es](http://www.rae.es).
- SIRUELA, Conde de. (2001). *El vampiro*. Madrid: Ediciones Siruela, S.A.
- VITALLINI, Renzo. (2007). *Brujas, hombres lobos y vampiros*. Barcelona: Grupo Editorial G. R. M., SRL.



UNIVERSIDAD  
DEL ZULIA

---

## LITERATURA HISPANOAMERICANA

Nº 71

*Edición por el **Fondo Editorial Serbiluz.***

*Publicada en diciembre de 2015.*

***Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela***

[www.luz.edu.ve](http://www.luz.edu.ve)

[www.serbi.luz.edu.ve](http://www.serbi.luz.edu.ve)

[produccioncientifica.luz.edu.ve](http://produccioncientifica.luz.edu.ve)